

Libros del Asteroide 

Teffi

Memorias

De Moscú al mar Negro

Traducción de Alejandro Ariel González



Memorias

Libros del Asteroide

A*

Teffi

Memorias

De Moscú al mar Negro

Traducción de Alejandro Ariel González

Libros del Asteroide

Primera edición, 2024

Título original: *Vospominania*

Publicado originalmente por entregas en el periódico *Vozrozhdenie*, París, entre diciembre de 1928 y enero de 1930

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© de la traducción, Alejandro Ariel González, 2024

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de la cubierta: © Alice Potter / Ikon Images

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Santaló, 11-13, 3.º L.ª

08021 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-10178-23-6

Depósito legal: B. 15563-2024

Impreso por Liberdúplex

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

El viaje de Teffi



La autora considera necesario advertir que en estas *Memorias* el lector no encontrará ni figuras ilustres y heroicas de la época descrita con sus frases profundas, ni críticas a tal o cual corriente política, ni ninguna «elucidación y conclusión». Solo encontrará una narración sencilla y veraz sobre el involuntario viaje de la autora por toda Rusia junto con millones de personas semejantes a ella. Y encontrará casi exclusivamente personas sencillas y ahistóricas que le parecieron graciosas o interesantes, así como aventuras que le parecieron entretenidas. Si la autora se ve obligada a hablar de sí misma, no se debe a que considere que su persona sea interesante para el lector, sino solo a que ella misma ha participado en las aventuras descritas y se ha llevado impresiones tanto de las personas como de los acontecimientos, y si se suprimiese esta dimensión, esta alma viva, la narración carecería de vida.

Moscú. Otoño. Frío.

Mi vida cotidiana en Petersburgo ha sido liquidada. Han cerrado *La Palabra Rusa*. No hay ninguna perspectiva.

Aunque, en realidad, sí hay una. Se presenta todos los días bajo la forma de un empresario teatral bizco de Odesa llamado Guskin, que intenta convencerme de que viaje con él a Kiev y Odesa para participar en lecturas públicas.

Sus argumentos son sombríos.

— ¿Ha comido pan hoy? Porque mañana ya no habrá. Todo el que puede se está yendo a Ucrania. Solo que nadie puede. Pero yo a usted la llevaré en tren y le pagaré el sesenta por ciento de lo que recaudemos. Ya he reservado por telégrafo la mejor habitación en el Hotel London, a orillas del mar. Usted leerá un par de sus cuentos bajo un sol radiante, cobrará su dinero, se comprará un poco de mantequilla y jamón, comerá como es debido y se sentará en un café. ¿Qué pierde? Pregunte por mí; verá que todos me conocen. Mi seudónimo es Guskin. También tengo apellido, pero es terriblemente

complicado. ¡Vamos, de verdad! La mejor habitación en el Hotel Internacional.

—¿No ha dicho en el London?

—Bueno, sí, en el London. ¿Tiene algo en contra del Internacional?

Recurrí al consejo de conocidos. Muchos, en efecto, querían irse a Ucrania.

—Ese seudónimo, Guskin, es algo extraño —decía yo.

—¿Qué tiene de extraño? —respondían las personas con experiencia—. No es más extraño que otros. Esos empresarios de poca monta son todos iguales.

Al final fue Avérchenko* quien disipó mis dudas. Resultó que lo llevaba a Kiev otro seudónimo. También de gira. Decidimos viajar juntos. Su seudónimo llevaba además a dos actrices que representarían piezas breves.

—¡Ya lo ve! —se regocijaba Guskin—. Ahora ocúpese solo de tramitar el permiso de salida del país y todo lo demás irá sobre ruedas.

Debo decir que detesto cualquier tipo de aparición pública. Ni siquiera yo sé por qué. Es una peculiaridad mía. Y en cuanto a ese seudónimo de Guskin, con sus porcentajes, que él llamaba *procentajes*... Pero a mi alrededor todos me decían: «¡Qué suerte tienes! ¡Te vas!», «¡Qué suerte! En Kiev hay pastelillos con crema». O simplemente: «¡Qué suerte... con crema!».

Cada vez estaba más claro que debía marcharme. Todo el mundo trataba de irse del país; si no lo intentaban era

* Arkadi Avérchenko (1881-1925), escritor satírico y editor de la revista *El Satiricón* (1908-1913) y *El Nuevo Satiricón* (1913-1918), donde Teffi colaboraba regularmente. (*Todas las notas son del traductor.*)

porque no tenían ninguna esperanza de lograrlo, pero en cualquier caso soñaban con ello. La gente descubría de pronto y con esperanzas que tenía sangre ucraniana, vínculos, contactos.

—Un primo tercero mío tenía una casa en Poltava.

—Mi apellido, en rigor, no es Nefedin, sino Nejvedin, de Jvedko, una raíz ucraniana.

—¡Me gusta la cebolla con tocino!

—Popova ya está en Kiev. Y los Ruchkin, los Melzon, los Kokin, los Pupin, los Fik, los Shpruk. Todos están allí ya.

Guskin comenzó a desplegar su actividad.

—Mañana a las tres le traeré al comisario más terrible del puesto fronterizo más remoto. Es una bestia. Acaba de desnudar a toda la compañía del cabaret El Murciélagos. No les dejó nada puesto.

—Si desnudan hasta a los murciélagos, ¿cómo vamos a pasar nosotros?

—Por eso justamente lo traigo. Suéltele algunos cumplidos, pídale que la deje pasar. Por la noche lo llevaré al teatro.

Empecé a tramitar mi permiso de salida del país. Primero fui a una oficina que se ocupaba de los asuntos teatrales. Allí, una señora muy lánguida con un peinado a lo Cléo de Mérode generosamente salpicado de caspa y adornado con una gastada diadema de cobre me dio permiso para irme de gira.

Después, pasé largas, largas horas en una cola interminable, en un sitio que parecía una mezcla entre un barracón del ejército y una cárcel. Por fin, un soldado con bayoneta cogió mi documento y se lo llevó a sus superiores. De pronto, una puerta se abrió de par en par y apa-

reció el superior en persona. Quién era, lo ignoro. Pero, como se decía entonces, «iba envuelto en cananas».

—Así que usted es Teffi.

—Sí —confesé. (De todas formas, ya era tarde para desdecirme.)

—¿La escritora?

Asentí en silencio con la cabeza, con la sensación de que todo estaba perdido; si no, ¿por qué había salido así de su despacho?

—Bueno. Tómese la molestia de escribir su nombre en este cuaderno. Eso es. Ponga el día y el año.

Escribí con mano trémula. Se me había olvidado qué día era. También en qué año estábamos. Un susurro asustado me lo sopló por detrás.

—¡Ajá! —dijo con tono sombrío el superior. Frunció el ceño. Leyó. Y, de pronto, su temible boca se torció lentamente hacia un lado en una cálida sonrisa—. Esto es para mí... ¡Quería un autógrafo!

—¡Me halaga!

Permiso concedido.

Guskin desplegaba una actividad cada vez más intensa. Trajo al comisario. El comisario era terrible. No era un hombre, sino una nariz con botas. Existen animales cefalópodos. Él era rinópodo. Una nariz enorme de la que colgaban dos piernas. En una pierna, por lo visto, estaba el corazón; en la otra, el aparato digestivo. En los pies, calzaba unas botas amarillas de cordones que le llegaban por encima de las rodillas. Y se notaba que el comisario se preocupaba por esas botas y se enorgullecía de ellas. Eran, por tanto, su punto débil. Eran, de hecho, su talón de Aquiles. Así que la serpiente empezó a preparar su ataque.

—Me han dicho que le gusta el arte... —comencé mi aproximación, y... de pronto, ingenua y femeninamente a la vez, como si no pudiera controlar mi arrebató, me interrumpí—: ¡Oh, qué maravillosas botas tiene!

La nariz enrojece y se hincha ligeramente.

—Hum... el arte... me gusta el teatro, aunque muy rara vez he tenido la oportunidad...

—¡Unas botas asombrosas! Desde luego son las botas de un caballero. ¡Por alguna razón, me parece que usted debe ser un hombre extraordinario!

—No, no, ¿por qué lo dice?... —se defiende apenas el comisario—. Digamos que desde niño he amado la belleza y el heroísmo... el servicio al pueblo...

«Heroísmo» y «servicio al pueblo»: palabras peligrosas en mi asunto. En nombre del servicio al pueblo desnudaron a los de El Murciélagó. Hay que concentrarse cuanto antes en la belleza.

—¡Oh, no, no, no lo niegue! Percibo en usted una naturaleza profundamente artística. Le gusta el arte, es usted un mecenas, hace todo lo que está en sus manos para acercar el arte a la gente, para que les cale hondo, en lo más profundo de sus corazones. Esas botas son extraordinarias. Unas botas semejantes solo podría llevarlas Torquato Tasso... y quizá ni siquiera él. ¡Es usted un genio!

Las últimas palabras lo decidieron todo. Se me permitiría pasar por la frontera con dos vestidos de noche y un frasco de perfume en calidad de útiles de trabajo.

Por la noche, Guskin llevó al comisario al teatro a ver la opereta *Catalina la Grande*, con libreto de Loló* y mío.

* Seudónimo del poeta, crítico, satírico y dramaturgo Leonid G. Munstein (1866-1947), quien también emigró.

El comisario se ablandó aún más, dio rienda suelta a sus sentimientos y ordenó que me dijeran que el arte en verdad era un asunto de importancia y que podía pasar por la frontera todo lo que necesitara: él guardaría silencio «como un pez contra el hielo».

No volví a ver más al comisario.

Mis últimos días en Moscú fueron un torbellino sin sentido.

Bella Kazarova, excantante del Teatro Antiguo, llegó desde Petersburgo. Los últimos acontecimientos habían despertado en ella un peculiar talento: siempre sabía qué necesitaba cada uno y quién tenía qué.

Llegaba, miraba con sus ojos negros y extasiados y decía:

—En el callejón Krivo-Arbatski, en la tienda Suróvskaia que hay en la esquina, queda un metro de batista. Tienes que comprarla sin falta.

—Pero si no la necesito.

—Sí, la necesitas. Dentro de un mes, cuando vuelvas, ya no quedará esa tela en ninguna parte.

En otra ocasión apareció jadeando.

—¡Tienes que mandarte hacer ya mismo un vestido de terciopelo!

—¿?

—Sabes perfectamente que lo necesitas. La dueña de la droguería de la esquina vende un retazo de cortina. La acaba de descolgar; está como nueva, con los clavos y todo. Saldrá un magnífico vestido de noche. Lo necesitas. Una ocasión así no volverá a presentarse nunca.

Rostro serio, casi trágico.

Detesto la palabra «nunca». Si, por ejemplo, alguien

me dijera que nunca más me va a doler la cabeza, probablemente también eso me asustaría.

Me sometí a Kazaroza y compré el lujoso retazo con sus siete clavos.

Esos últimos días sin duda fueron extraños.

Por las noches apretábamos el paso en las calles oscuras, donde estrangulaban y robaban a los transeúntes. Corríamos a ver la opereta *Silva* o nos apresurábamos hasta los cafés de mala muerte llenos de gente con abrigos raídos que olían a perro mojado; escuchábamos a jóvenes poetas que recitaban sus propios poemas y los de sus colegas aullando con voces hambrientas. Esos jóvenes poetas estaban de moda por entonces, e incluso el altivo Briúsov se dignaba a presentar alguna de sus «veladas eróticas».

Todo el mundo quería estar «en sociedad», acompañado de otra gente.

Estar solo en casa era espantoso.

Necesitábamos saber qué pasaba, recibir noticias de los otros.

A veces alguien desaparecía y era difícil averiguar dónde estaba. ¿En Kiev? ¿O en aquel lugar del que nunca se regresaba?

Vivíamos como en el cuento del dragón Gorínich, al que cada año había que entregarle doce doncellas y doce buenos mozos. Cabría preguntarse cómo podía vivir la gente de ese cuento sabiendo que Gorínich devoraría a sus mejores hijos. Sin embargo, durante aquellos días en Moscú nos dimos cuenta de que los vasallos de Gorínich probablemente también se pasaban el día corriendo por los teatritos y comprando cosas para hacerse un abrigo o un vestidocho. El ser humano puede vivir en cualquier

parte, y yo misma vi cómo un condenado a muerte al que unos marineros arrastraban hacia el hielo para fusilarlo saltaba los charcos para no mojarse los pies y se levantaba el cuello del abrigo para proteger el pecho del viento. De manera instintiva trataba de pasar esos últimos instantes de vida de la forma más confortable posible.

Lo mismo hacíamos nosotros. Comprábamos los «últimos retazos» de tela, escuchábamos por última vez la última opereta y los últimos poemas afectadamente eróticos —malos o buenos, ¿qué más daba?— con tal de no saber, de no tomar conciencia, de no pensar que nos estaban arrastrando al hielo.

De Petersburgo llegó una noticia: habían arrestado a una joven artista por leer mis cuentos. En la Checa* la obligaron a repetir uno de ellos delante de unos jueces temibles. Pueden imaginarse con qué viva alegría leyó ese monólogo humorístico entre dos escoltas con bayonetas. Y, de pronto —¡oh, feliz milagro!—, después de las primeras frases trémulas, la cara de uno de los jueces se iluminó con una sonrisa.

—Este cuento lo escuché en una velada en casa del camarada Lenin. Es absolutamente apolítico.

Más tranquilos después de oír esto, los jueces le pidieron a la aún más aliviada acusada que continuara la lectura ya «con fines de entretenimiento revolucionario».

En cualquier caso, probablemente no era mala idea marcharse al menos durante un mes. Cambiar de clima.

* Siglas, por sus iniciales en ruso, de Comisión Extraordinaria Panrusa, primera organización de inteligencia política y militar soviética. Funcionó con ese nombre entre 1917 y 1922.

Guskin, por su parte, seguía desplegando su actividad. Quizá más por nervios que por necesidad. Por alguna razón, había ido a ver a Avérchenko.

—No se imagina qué horror —dijo sacudiendo las manos—. Hoy a las diez de la mañana he ido corriendo a ver a Avérchenko y me lo he encontrado durmiendo a pierna suelta. ¡Va a perder el tren!

—Pero si no nos vamos hasta dentro de una semana.

—El tren sale a las nueve. Si hoy dormía así, ¿por qué no va a hacerlo dentro de una semana? Y toda la vida, ya puestos. Él durmiendo y nosotros esperando. ¡Magnífico!

Corría. Se inquietaba. Se daba prisa. Agitaba las manos en el aire como una correa suelta. ¿Quién sabe cuál habría sido mi destino sin su energía? Esté donde esté, le envió un saludo, oh mi seudónimo Guskin...